

EL LABERINTO Y EL HILO

Sentido ejemplar de una donación

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Cuando llamas de origen aún incierto redujeron a escombros el local en que se alojaba la ANEA hubo innumerables expresiones de condolencia y múltiples manifestaciones de solidaridad. El siniestro hizo cenizas, no sólo la sede de una institución que intentaba agrupar a los escritores y los artistas en una suerte de gremio para la defensa de sus bastante mellados intereses, sino un centro en el cual, mal que bien, se dictaban conferencias, se realizaban exposiciones, se difundía y fomentaba la cultura en sus diversas formas. Era de esperar que, juntamente con la voluntad pública de ayudar a restaurar ese local — que se hizo patente en la prensa, el parlamento, las entidades profesionales y obreras, etc.—, fuera el Estado el más presto agente de la recuperación anhelada. La solidaridad para con la ANEA vino de todas partes, excepto de las autoridades, cuya vaga palabra de cooperación es todo un sintoma de hasta qué punto el Estado se halla aquí ajeno a ese aspecto tan importante de la vida nacional que constituyen los intelectuales y su obra. Todavía la ANEA, pese a las gestiones de sus directivos, no ha solucionado su problema. No es fácil para una asociación pobre, pese a las donaciones que se le han hecho —algunas ni siquiera convertidas en realidad—, dejar el rincón humeante de su antigua casa para alojarse en otro inmueble cuyo arrendamiento, tal como está hoy el precio de la vivienda, no exceda su escasa capacidad económica.

A la indiferencia oficial, sin embargo, se puede oponer la noble y concreta colaboración de personas que, en principio, no estaban obligadas a otra cosa que a una simple adhesión verbal. Tal es el caso de don Héctor Cuenca, Embajador de Venezuela, quien a la condolencia formal añadió una donación de 20 mil soles y la promesa de una contribución en libros para la biblioteca de la institución destruida por el siniestro. No se achaque tal gesto a la condición de hombre de letras del señor Cuenca, sino a una amplia disponibilidad espiritual que es preciso sub-



Héctor Cuenca



rayar como mérito personal, como característica moral, como signo vivo de su temperamento. Ese rasgo solidario da una pauta de lo que, por emanar sin interés, se proyecta como ejemplo excepcional en un medio donde la cultura y sus organismos sólo merecen una atención lateral o secundaria y donde infortunadamente los sentimientos no suelen rebasar los límites de lo estrictamente protocolario. Si dinero y libros provienen del representante de un gobierno y un país amigos, ¿qué le tocará hacer al gobierno propio? La respuesta es obvia, salvo que se esté en plan de llegar al "desarme cultural".

Hace tres meses que el local de la ANEA se incendió. Fracasó una gestión ante la más alta autoridad de la nación en busca de un nuevo techo para la entidad y, por oposición de los propietarios, fracasan, según parece, los propósitos de quedar en el local de la calle, Jesús María no obstante que es probable q' las estructuras del edificio hagan posible un reacondicionamiento adecuado. Es decir, son los peruanos los q' no quieren q' el Perú tenga medios de manifestación cultural ni órganos para que sus escritores y sus artistas den a conocer su pensamiento y muestren sus creaciones. Lo cual es increíble. Tan increíble que hombres como don Héctor Cuenca, sin tener en cuenta este disimulado deseo de silenciamiento, han acudido generosamente a dar a la ANEA un óbolo que le permita volver a su función gremial e intelectual.